

# *La clase obrera bajo el franquismo. Aproximación a sus elementos formativos\**

*Xavier Domènech Sampere*  
CEFID-Universitat Autònoma de Barcelona

*Resumen:* En este artículo se pretenden abordar los elementos formativos de una nueva generación de militantes obreros bajo el franquismo entre la década de los cincuenta y los sesenta del siglo pasado. En el mismo se defiende, más allá del debate sobre las rupturas y continuidades en el seno de la clase obrera, la importancia de las transmisiones y transformaciones de los saberes prácticos y políticos de clase para comprender la relación entre experiencia e identidad obrera en la eclosión de un nuevo movimiento obrero.

*Palabras clave:* Franquismo, antifranquismo, movimiento obrero, formación de la clase obrera, identidades obreras.

*Abstract:* This article intends to address the formative elements of a new generation of labour activists under Franco's dictatorship, between the 1950s and the 1960s. It defends, beyond the debate on ruptures and continuities within the working class, the significance of the transmissions and transformations of the practical and political class knowledge in order to understand the relationship between working-class experience and identity in the emergence and spreading of a new labour movement.

*Keywords:* Francoism, antifrancoism, labour movement, making of the working class, workers' identities.

---

\* Realizado en el proyecto de investigación HUM2006-06947.

Es un lugar común en nuestra historiografía sostener que a partir de mediados de los años cincuenta y hasta bien entrados los sesenta se formó una nueva clase obrera bajo el franquismo. No entraremos aquí a analizar este proceso en detalle —otros lo han hecho mucho mejor ya—<sup>1</sup>, pero sería pertinente en este contexto subrayar también que una de las características centrales, y diferenciales respecto a procesos históricos similares en el marco europeo, de la formación de esta clase obrera en el caso español es la superposición de etapas y la aceleración histórica en la que se gestó este proceso. Debido al retraso español en la llegada de las transformaciones económicas y sociales que afectaron al resto de sociedades occidentales mucho antes que a nuestro país, el proceso de formación de una nueva clase obrera industrial en España durante la segunda mitad del siglo xx es relativamente tardío. Esta realidad da cuenta de una paradoja interesante en el caso que nos ocupa: los elementos de formación de una nueva clase se mezclan con los elementos que explican su desarticulación social, cultural y política. Si en otras sociedades, cuando aparece la época del consumo de masas, la identidad obrera es una realidad madura con un fuerte entramado institucional y cultural, en España esto no es así. Aquí la formación de una nueva clase obrera se da casi al mismo tiempo que la formación de la sociedad de consumo de masas; la articulación de un tramado cultural de clase compite coetáneamente con la aparición de una cultura estandarizada; la crisis de las formaciones políticas de clase llega antes que su maduración, y la gestión de trabajo fordista aún no ha llegado a su plenitud, tanto en la organización de la producción como en su forma política del Estado del bienestar, cuando ya aparecen las primeras propuestas de gestión posfordistas con unas organizaciones sindicales apenas estructuradas. Y si eso hace del caso español especialmente interesante, como forma híbrida de un proceso histórico extremadamente acelerado, también conlleva que sea un proceso difícil de aprehender, ya que lo que está en formación también se encuentra al mismo tiempo en disolución<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Para las transformaciones de la clase obrera durante este periodo véase MOLLINERO, C., e YSÁS, P.: *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1997, pp. 51-52.

<sup>2</sup> Véase, para este proceso, BILBAO, A.: *Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera*, Madrid, Trotta, 1993.

Hay una segunda peculiaridad, más allá de los ritmos del cambio social y económico, que no puede ser obviada para entender los mecanismos de formación de identidades en el caso español: el marco político. Éste, además, no debe ser tomado como un dato contextual sin más, ya que el franquismo no era un régimen que, a imagen de otros sistemas políticos europeos, dejase un amplio margen a la autonomía de la sociedad civil o a los comportamientos sociales, culturales y políticos de su población. Es más, el régimen franquista fue un proyecto político y social que encontró una de sus bases sustanciales precisamente en la erradicación y transformación de las identidades de la clase obrera que la definían precisamente como clase. Así, no se contentó meramente con la prohibición de las expresiones políticas de clase, como se había producido en otro tipo de dictaduras, sino que procedió a la eliminación de todo el entramado social y cultural que sustentaba la posibilidad de la existencia de una cultura de clase. Proceso que culminaba, congruentemente a todo régimen de tipo fascista, con el encuadramiento social y cultural de la clase obrera en las organizaciones de masas del propio régimen. No se trataba sólo de destruir las identidades obreras, sino de ofrecer una nueva identidad nacional sustitutiva que bloquease la posibilidad de que éstas renaciesen, fuera cual fuera su forma política final, y en este proceso los trabajadores pasaron de ser obreros a productores, un paso que se daba más allá del campo semántico.

Ahora bien, si esta realidad tiene que tomarse en cuenta como un condicionante principalmente negativo para la generación de identidades obreras bajo el franquismo, un cuidadoso análisis también nos tiene que llevar a reconocer su papel en la formación y morfología que adquieren estas identidades. Desde esta última perspectiva, observaremos que el franquismo, con su negación constante de la existencia de la lucha de clases y, de hecho, de las mismas clases, diluidas en una realidad donde España era definida como un gigantesco sindicato de productores —tal como explicaban los veintiséis puntos del partido único—, también estaba afirmando constantemente su misma existencia. La negación permanente implicaría, en el proceso histórico, la afirmación también permanente de aquello que se pretende negar, recordando en cada afirmación negativa la presencia de algo que se debe eliminar y que, por tanto, existe. Observaremos también que el régimen, en su ob-

sesión por purgar a la comunidad nacional de los elementos refractarios al franquismo, realizó una depuración en el campo en dos sentidos. Así, la expulsión de los elementos potencialmente desafectos de las comunidades rurales, causada por la imposición de un régimen político-social que los condenaba a una muerte en vida, si bien garantizaba la depuración de las comunidades, también se encontraba en parte en el origen de las redes migratorias que llevarían a la formación de las nuevas comunidades obreras en los principales suburbios urbanos del país. Unos suburbios donde los antiguos pobladores rurales se encontrarían con una realidad homogénea en términos de clase, lo que no se daba en sus poblaciones de origen, y con unos habitantes en el centro de los nudos de las redes migratorias con unas tradiciones políticas y culturales determinadas. Cosa que no podía dejar de afectar a la formación de los mecanismos de las identidades en las nuevas comunidades suburbanas. Hay más realidades de este tipo, como el hecho de que en el conflicto de clases el papel del régimen fijaba a la posición de clase una posición política, donde el patrón ejercía de franquista y el obrero de rojo, independientemente de cuáles fueran sus motivaciones iniciales<sup>3</sup>. Estas realidades nos hablan de la importancia y complejidad del factor político para comprender la formación de las identidades obreras bajo el franquismo.

Teniendo en cuenta los condicionantes marco que interactúan, como posibilidad, como deformación y como presión, en los mecanismos de la formación de la identidad obrera<sup>4</sup>, se tratará de abor-

---

<sup>3</sup> Identificación entre empresario y franquista que llevó a la fuerte erosión de la imagen empresarial al final del periodo franquista. Véase MOLINERO, C., e YSÀS, P.: *Els industrials catalans durant el franquisme*, Vic, Eumo, 1991.

<sup>4</sup> Aquí se abordará esta limitada aproximación a los elementos formativos a partir de una definición acotada y activa de identidad obrera. Según ésta, no entenderemos la identidad obrera como el conjunto de elementos que conforman la identidad o las identidades de las personas adscritas a una clase social, en este caso la clase obrera, sino como el conjunto de tradiciones, creencias y representaciones que conforman a la clase como clase. Es decir, entenderemos por identidad obrera sólo aquellos fenómenos culturales que definen la representación de los miembros de una clase determinada como clase social dentro de las representaciones colectivas de la sociedad. Eso no significa que neguemos, o menospreciemos, la amplitud y variedad de las formas de expresión de las diversas identidades que una clase dada contiene. De hecho, entendemos que la identidad obrera, tal como la hemos definido, se mueve siempre en un amplio campo de identidades diversas y contradictorias, en medio de las cuales se expresa, ya sea como identidad exclusiva, bien

dar aquí algunos de aquellos elementos<sup>5</sup> que, desde una perspectiva endógena a la propia clase, explican la formación de su identidad política, social y cultural como clase bajo el franquismo. En esta aproximación distinguiremos los materiales recibidos de la tradición de los materiales elaborados por la experiencia de esta nueva clase, desde la conciencia que la identidad de clase forma parte de un acervo cultural transmitido, o interrumpido, que cada generación relea, reelabora y transforma a partir de su propia experiencia y que, por tanto, en la explicación global estos dos espacios de la identidad de clase forman un todo dialéctico.

### La tradición transmitida

En el marco del análisis de las transmisiones entre pasado y presente bajo el franquismo se ha hecho habitual la afirmación de que en España se formó una nueva clase obrera que no había vivido la experiencia de la Guerra Civil, o que ésta no estaba presente en sus imaginarios, y que a su vez mostraba un notable desdén hacia su propio pasado. Es más, esta misma ausencia de una parte de la experiencia histórica estaría, según esta afirmación, en la base de la posibilidad del inicio de una nueva acción colectiva: sólo la ignorancia sobre un pasado terrible podría así asegurar la pérdida del miedo a actuar en el presente. Principio que ha servido para exorcizar el tipo de preguntas que nos planteamos aquí. Si era una clase

---

en ósmosis con otras formas de identidad o bien queda diluida en otras identidades hostiles a la misma. Así podemos encontrar formas exclusivas de identidad obrera en determinadas militancias políticas, calendarios sociales, tradiciones o acciones simbólicas en el conflicto obrero; formas de identidad obrera en ósmosis con otras identidades más amplias que, como la católica, son releídas en términos claramente de clase, y formas de identidad nacional hostiles a la identidad obrera, como la nacionalcatólica, que podemos encontrar, sin embargo, en los mismos miembros de las clases trabajadoras.

<sup>5</sup> En este sentido, en esta explicación, dado los límites de los que disponemos, priorizaremos las trayectorias biográficas de los miembros de la clase obrera y su experiencia en el espacio que la define como tal, el laboral, obviando otro espacio central para comprender su formación como es el vivencial. Me he aproximado a este otro espacio formativo en DOMÈNECH SAMPERE, X.: «La reconstrucción de la raó democràtica. Del suburbi a la ciutat», en MOLINERO, C., e YSÀS, P. (coords.): *Construint la ciutat democràtica. El moviment veïnal durant el tardofranquisme i la transició*, Barcelona, Icaria, 2010.

obrero nueva no hacía falta analizar su tradición, ya que la tradición era antitética a su novedad. Pero cuando nos acercamos a la realidad de la formación de esta nueva clase nos encontramos con una relación entre continuidades y rupturas mucho más compleja de lo que la afirmación inicial nos podía llevar a pensar. Los trabajadores de los años cincuenta y sesenta no eran seres aparecidos de la nada, contaban con un pasado en su lugar de origen que sí parecía inquietarles de alguna manera. Evidentemente este pasado no era un pasado de clase para aquellos que venían del campo español, o al menos no era un pasado de clase en los términos de clase obrera industrial a los que nos estamos refiriendo aquí, pero era un pasado vital que conformaba en parte sus percepciones sociales, políticas y culturales. A su vez, estos nuevos trabajadores se socializaron como tales en las fábricas donde se encontraban con trabajadores de otras generaciones y de los cuales recibieron pautas de comportamiento y valores propios de la tradición de la clase obrera industrial anterior a la Guerra Civil.

En este sentido, ante la visión de que la nueva clase obrera española estaba conformada por una generación que no había experimentado la guerra, no deja de sorprender la comprobación de cuán determinante fue el recuerdo transmitido del periodo anterior a la implantación del régimen, y el vivido de la posguerra, en la conformación de una visión del mundo para muchos de los nuevos miembros, de procedencia rural, de esta clase obrera. Si bien es verdad que la mayoría de esta nueva generación de trabajadores no había vivido la Guerra Civil, ni se habían socializado en el mundo de la República, tampoco es menos cierto que se puede percibir en sus experiencias la transmisión, si se quiere «débil», del mundo que se había perdido con la llegada de la dictadura. Esto es especialmente comprobable en aquellos lugares donde la existencia de comunidades obreras fuertemente integradas permitió la circulación de transmisiones «fuertes» que neutralizaban el manto de olvido y manipulación del pasado que el régimen había pretendido tejer sobre las mentes de sus súbditos. Era en estos lugares donde se inició un nuevo ciclo de conflictividad obrera en los años cincuenta y donde, según un destacado estudioso del movimiento obrero asturiano, se conformaba una experiencia común que «se ha reflejado en una sólida conciencia de comunidad: una misma experiencia que compartir, una misma ideología que transmitir y unos mismos objetivos

emancipadores con los que soñar»<sup>6</sup>. Lazos comunitarios «fuertes» que conllevaron en muchos casos a ver la militancia, o la misma respuesta ante un conflicto concreto, en el marco de un *continuum* temporal que se iniciaba, o iniciaban aquellos que la habían antecedido familiar o comunitariamente, en la insurrección de octubre de 1934 y terminaba en el antifranquismo, pasando por la misma experiencia de la guerra<sup>7</sup>, o bien, como en el caso de los dirigentes de los trabajadores del Marco de Jerez a finales de los años cincuenta, a ver su propia práctica como una continuidad directa de los años treinta, aquellos en los que, según ellos mismos, «eran los amos del campo»<sup>8</sup>. Pero si esto sucedía allí donde nada impidió, según otro destacado investigador del movimiento obrero vasco refiriéndose a la cultura obrera de la margen izquierda de la Ría del Nervión, «la transmisión de una identidad de pertenencia a una zona mucho más amplia que trascendió al barrio o el pueblo para formar parte de un concepto con un perfil social, económico, político e incluso cultural»<sup>9</sup>, lo cierto es que parece ser más general e intensa la influencia del recuerdo de la posguerra que el de la propia República o la Guerra Civil como moldeador de las identidades obreras en algo tan importante como la de la ubicación social atribuida.

En primer término, la experiencia de la represión en el ámbito familiar parece haber marcado la percepción hacia el régimen más allá de cualquier consideración política. Así, la imagen transmitida por la familia de parte de estos nuevos obreros:

«¡Era una imagen antifranquista totalmente!. De que (...) de que hicieron muchas y muy gordas. Y, bueno, y decirte un poco pues las historias de ellos, de sus familias y cosas así, ¿no? O sea, el hecho de que a mi abuela entraban y cada vez que iban, entraban los “nacionales” allí, la tienda se la vaciaban toda y tenían que volver a reponer (...) ¡eh! Co-

---

<sup>6</sup> GARCÍA PIÑEIRO, R.: «Mineros comunistas», en ERICE, F. (coord.): *Los comunistas en Asturias, 1920-1982*, Gijón, Ediciones Trea, 1996, p. 347.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 349.

<sup>8</sup> Véase MARTÍNEZ FORONDA, A. (coord.): *La conquista de la libertad. Historia de las Comisiones Obreras de Andalucía (1962-2000)*, Puerto Real, Fundación de Estudios Sindicales, 2003, pp. 96-102.

<sup>9</sup> PÉREZ PÉREZ, J. A.: «La reconstrucción del obrerismo en el margen izquierdo de la Ría del Nervión, 1937-1962. ¿Generaciones perdidas?», texto inédito para el seminario en la Escuela Julián Besteiro, 2004, p. 7. Agradezco al autor que me haya facilitado su consulta.

sas de ese tipo. O sea, que (...) y bueno, y a mi madre pues lo que le pasó, que la cogieron, la pelaron, la hacían beber aceite de recino, pasear por allí por el pueblo, patadas y cosas de ese tipo y (...) ¡Cosas de esas! Y una de la vez que la habían (...) que la habían cogido así era por haber bordado la (...) el eso de la bandera republicana, ¿no? Hubieron unas cuantas pues que hicieron una bandera muy bonita, la bordaron y tal. Y cuando entraron los “nacionales” y supieron quienes eran pues las detenían y (...) y eso. Y las que más suerte tuvieron pues les hacían eso, otras desaparecían, ¿no?»<sup>10</sup>.

Imagen que se va reproduciendo en los diferentes testimonios<sup>11</sup> a menudo mediada por la experiencia de la represión vivida, en primera persona, dentro del ámbito familiar:

«Mi padre cuando vino del campo de concentración, llegó a casa, eso sí que me lo recuerdo, llegó a casa y estuvo un rato allí, estuvimos comiendo y tal, tal, pero inmediatamente (...), llegó un guardia civil y le dice: ¡hola!, lo saludó, y le dice: ¡venga, que le tenemos que hacer unas preguntas!, le dijo, que tenían que hacer unas preguntas. Estuvieron cuatro minutos, y ya está, ya no volvió hasta los cuatro años»<sup>12</sup>.

Es más, la percepción de una situación opresiva, dentro de la cual uno se encontraba en el bando perdedor, a pesar de no haber vivido las experiencias de la República y la guerra, se encontraba acotada claramente a los momentos iniciales de la formación del régimen franquista y no a las etapas anteriores. Así, el padre de uno de los testimonios:

«Nunca me hablaba mal de la República, al contrario, y después cuando me hablaba de penurias y de fatigas ha sido justamente después de

<sup>10</sup> Archivo Histórico de la Comisión Obrera Nacional de Catalunya (en adelante AHCONC), entrevista a Joaquín Zamoro.

<sup>11</sup> Una investigación reciente llevada a cabo por Javier Tébar sobre un conjunto de 157 biografías de militantes obreros ha puesto de manifiesto que el 60 por 100 de ellos eran familiares de víctimas de la represión franquista. Véase TÉBAR, J.: «Contraindicacions de la “política de la victoria”. Notes sobre repressió i identitat de la militància obrera dels anys seixanta», en PAGÈS, P. (dir.): *Franquisme i repressió: la repressió franquista als països catalans (1939-1975)*, València, Universitat de València, 2004, pp. 273-294.

<sup>12</sup> AHCONC, entrevista a Antonio González Merino.



la guerra cuando empiezan los años de las hambrunas y cosas por el estilo, un poco lo que recuerdo más o menos»<sup>13</sup>.

De hecho, como se sustrae de este testimonio, la percepción del nuevo régimen no se circunscribe a una valoración política. Su imagen, contrapuesta al período anterior: «No deseo a nadie pasar lo que yo pasé, después de la guerra, exactamente, en la guerra no lo pasé»<sup>14</sup>, es interiorizada como una visión global del mismo, un sistema de vida sin salida, donde lo político y lo cotidiano forman un todo integral sintetizado en la represión y el hambre. Percepción circunscrita al franquismo que será consolidada a partir de los contactos directos, ya no familiares, con el régimen. Así, para el futuro dirigente obrero catalán Francisco Morante, originario del pueblo de Guadahortuna de Granada, el régimen era aquel que, más allá de encarcelar a sus familiares, decidía que no podía recibir el premio a la mejor redacción del colegio, premio que le sería dado a la hija del alcalde, por un motivo bien sencillo: ser hijo de rojos. Pasaban los años desde el fin de la guerra, pero ésta seguía presente para los hijos de Caín. Antonio González, futuro responsable local comunista de Sabadell, supo esta verdad años después de que su padre hubiese dejado los campos de concentración y su familia fuera expoliada de su patrimonio. El tiempo del rencor, el tiempo de la venganza, parecían haberse perdido en el olvido. O eso pensaba él cuando se compró un pequeño palmo de tierra desde el cual volver a labrar la esperanza familiar. La risa del hijo del alcalde falangista le devolvió a la cruda realidad cuando fue acompañada de una orden de expropiación: los hijos de los rojos no podían poseer más que sus manos para sostener sus malditas vidas. La ira, la ira de una guerra perdida, de una esperanza rota, brotó de nuevo en su interior y sólo su padre pudo evitar la muerte del hijo del falangismo en sus manos. Tuvo que huir y huyó a Cataluña, allí libró sus primeras batallas. ¿Nada tenían que ver con la guerra?<sup>15</sup> Todas estas experiencias dejarían una honda huella vital en los primeros protagonistas de una nueva conflictividad. Así, para Álvaro García Trabanca, futuro dirigente obrero católico, siempre habrá «pequeños detalles» que nunca podrán habitar el olvido:

<sup>13</sup> AHCONC, entrevista a Manuel Navas Escribano.

<sup>14</sup> AHCONC, entrevista a Ángel Rozas.

<sup>15</sup> AHCONC, entrevista a Francisco Morante y a Antonio González.

«Tenía once años. Nosotros íbamos (...), íbamos a comer en el Auxilio Social. Ahí nos daban un plato de sopa, un plato de (...) Y al final éramos 200 niños o una cosa así. Al final cantábamos el “Cara al Sol”. Había una jefa que iba con una bata, iba siempre tirándonos el café y ese día yo no canté. En vez de cantar hacía “ummm”.

—¡Tú! (...) ¡Un momento! ¡Tu no cantabas!

—¡Sí, sí!

—¡No cantabas!

Yo: —¡Sí, sí!

Cogió una mesa (...) la arrastró al medio, me hace subir encima y me obligó a cantar el “Cara el Sol”. Llorando yo como una magdalena con diez u once años. Y me hizo, me obligó a cantar el “Cara al Sol” ¡delante de todos los chavales!

—¡Y como vuelvas mañana no vendrás más a comer aquí!

¡Me acuerdo! ¡Es la única cosa que me acuerdo aún ahora!»<sup>16</sup>.

En este contexto no es extraño que las pocas aproximaciones cualitativas a casos hayan llevado a ver las primeras migraciones bajo el franquismo como migraciones no meramente económicas<sup>17</sup>. El franquismo, en su intento de crear una comunidad nacional nueva, estigmatizó en el proceso a toda una generación y con ella a sus vástagos<sup>18</sup> en las comunidades campesinas que no se habían mostrado de buen principio afectas a su proyecto<sup>19</sup>. Huyendo de

<sup>16</sup> AHCONC, entrevista a Álvaro García Trabanca.

<sup>17</sup> PUIG I VALLS, A.: *De Pedro Martínez a Sabadell: l'emigració una realitat no exclusivament econòmica. 1920-1975*, tesis de doctorado, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 1990; DOMÈNECH SAMPERE, X.: *Quan el carrer va deixar de ser seu*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 2002, pp. 45-120; VELASCO MESA, C.: «Los líderes del sindicalismo democrático durante los años sesenta: semblanza de una nueva generación de protesta», en ÁLVAREZ REY, L., y LEMUS LÓPEZ, E.: *Sindicatos y trabajadores en Sevilla*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000, pp. 267 y 268; MARÍN, M.: «Franquismo e inmigración interior: el caso de Sabadell (1939-1960)», *Historia Social*, 56 (2006), pp. 131-151.

<sup>18</sup> Estigmatización de padres e hijos que se hizo mucho más conscientemente de lo que nos puede parecer. En este sentido, véase VINYES, R.: *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*, Madrid, Temas de hoy, 2002.

<sup>19</sup> Para un estudio sobre la extensión real de esta represión en las comunidades campesinas que llegó mucho más allá de los cuadros políticos, sociales y culturales del periodo republicano, para acabar afectando a toda la base social republicana, véase MIR, C.: «El sino de los vencidos: la represión franquista en la Cataluña rural de posguerra», en CASANOVA, J. (coord.): *Morir, matar, sobrevivir*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 123-196. Para la función de la violencia, no sólo como elemento de depuración y represión, sino como forma de integración en la comunidad nacio-

una realidad sociopolítica sin presente y futuro, «de la impotencia de una vida sin horizontes ni expectativas»<sup>20</sup>, las primeras inmigraciones en los principales centros industriales estarán conformadas por una cantidad apreciable de personas con una identidad cultural y política de raíz muy definida. Andando el tiempo, estos primeros emigrantes conformarán el primer eslabón de las redes migratorias, lo cual les dará un puesto privilegiado en la articulación del imaginario colectivo de los nuevos suburbios obreros. De la misma manera se pueden observar actitudes sociopolíticas distintas según el lugar de origen de los nuevos miembros de la clase obrera. Así, parece haber una relación directa entre lugares con una larga tradición de izquierdas, que vivieron a su vez una intensa represión, y las actitudes socioculturales posteriores de los miembros de estas comunidades en las nuevas realidades industriales. Desde esta perspectiva, la tradición anterior y las experiencias vitales en los lugares de origen tienen cierta relevancia para entender las actitudes e identidades obreras posteriores<sup>21</sup>.

Pero la transmisión de la tradición o tradiciones que conformaron la clase, en un medio tan poco propicio como era el fran-

---

nal dentro de las colectividades campesinas, véase FONT, J.: *¡Arriba el campo!*, Girona, Diputació de Girona, 2001.

<sup>20</sup> Sentimiento que recoge Sánchez Mosquera como principal motivo del paso a la militancia en el mundo rural de Andalucía y que se puede encontrar también en la motivación de las migraciones de ese mundo hacia los centros urbanos. Véase SÁNCHEZ MOSQUERA, M.: *Del miedo genético a la protesta*, Sevilla, Fundación Estudios Sindicales, 2008, p. 158.

<sup>21</sup> De todos modos, puede haber pautas diferentes de comportamiento y de formas de articulación de las nuevas redes en los barrios de las grandes ciudades según el origen de los inmigrantes. En algunos casos incluso parece haber, contrariamente a lo que se afirma aquí, una correlación entre desmovilización obrera y migraciones. Éste es un problema difícil de dilucidar, sobre todo cuando las aproximaciones han privilegiado más lo «nuevo» que lo «viejo» en la formación de la clase obrera bajo el franquismo, tratando a los inmigrantes como seres sin pasado. En general parece haber una correlación entre tradiciones de movilización de origen, represión en la posguerra en los pueblos de partida y el carácter de estas nuevas redes comunitarias. Para ver tres casos de distinto signo véanse DOMÈNECH SAMPERE, X.: *Quan el carrer...*, op. cit., pp. 134-143; PÉREZ PÉREZ, J. A.: *Los años del acero. La transformación del mundo laboral en el área industrial del Gran Bilbao (1058-1977)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, pp. 85-97; ERICE, F.: «Condición obrera y actitudes ante el conflicto. Los trabajadores asturianos a comienzos de la década de 1960», en VEGA, R. (coord.): *Las huelgas de 1962 en Asturias*, Gijón, Ediciones Trea, 2002, p. 98.

quismo, no se circunscribe, como hemos dicho anteriormente, al ámbito familiar o a las experiencias de origen de los nuevos trabajadores. Tendrá su espacio privilegiado en el sitio de encuentro de los nuevos obreros con los miembros más viejos de la clase, la fábrica. En ella, entremedio de sus *parcelas de impunidad* lejos de la mirada del régimen, como las ha descrito José Antonio Pérez para el caso del País Vasco<sup>22</sup>, se destacan liderazgos referenciales en las pequeñas actitudes cotidianas frente a los patrones. Liderazgos protagonizados a finales de los años cincuenta, como en el caso de la mina de La Camocha de Asturias (centro al que se atribuye, conjuntamente con otros, una de las semillas de las nuevas formas organizativas del movimiento obrero en los años sesenta), por personas que contaban entre cuarenta y cincuenta años de edad y que, por tanto, habían vivido la guerra en primera persona<sup>23</sup>. Liderazgos, en definitiva, que se hacen notar enseguida para nuevas generaciones de obreros. Para Teresa Buigas, la futura «Pasionaria de Badalona», ella misma hija del destierro a que fueron condenados sus padres por las autoridades de Teulada en Alicante y llamada Teresa porque le fue prohibido el nombre que sus padres habían elegido para ella —Eneida—, pronto fue evidente su presencia:

«Entro allí, éramos casi todas muy jovencitas y hay dos o tres mujeres un poco más grandes que son más receptivas a hablar de las condiciones en las que trabajamos, y que yo veo que plantan cara a algún encargado de cuando en cuando, y esto me gusta, claro. Entonces buscas la relación con esta gente. Tenían un pasado y no se avergonzaban de él. Es decir, eran mujeres que habían vivido otra situación y que yo creo que tenían una conciencia muy clara de la clase a la que pertenecían y del trabajo que estaban haciendo, y que no se dejaban manejar»<sup>24</sup>.

Esto no nos debería sorprender; tampoco la formación de la nueva clase obrera se hizo en el vacío respecto, ya no a las propias tradiciones familiares de sus miembros, sino a la propia clase obrera que la precedía en el tiempo. Ésta había sufrido uno de los procesos de expolio político, social y cultural más intensos del siglo XX, pero

<sup>22</sup> PÉREZ PÉREZ, J. A.: «La reconstrucción del obrerismo...», *op. cit.*, p. 15.

<sup>23</sup> GARCÍA PIÑEIRO, R.: «Mineros comunistas», en ERICE, F. (coord.): *Los comunistas en Asturias, 1920-1982*, Gijón, Ediciones Trea, 1996, p. 353.

<sup>24</sup> AHCONC, entrevista a Teresa Buigues Poveda.

a pesar de ello estaba conformada por gentes que habían vivido también una de las experiencias más ricas y diversas en la historia del movimiento obrero del siglo. A pesar de la depuración, represión y exilio, habían sido capaces de parar las máquinas para celebrar el fin de la Segunda Guerra Mundial<sup>25</sup>, de protagonizar la conflictividad del periodo 1945-1947, de ser la base de la huelga general de Vizcaya de 1947 y de plantear otra que paralizó la ciudad de Barcelona en 1951. Incluso en los duros años cuarenta la principal organización de clase del periodo anterior, la CNT, consiguió agrupar a 20.000 cotizantes en Cataluña<sup>26</sup>, lo que nos indica la capacidad de supervivencia de las viejas tradiciones dentro de una clase obrera que en un informe, confidencial, del delegado provincial de sindicatos de Barcelona, no se dudaba en caracterizar en un sentido muy determinado después de la huelga de 1951:

«Las masas obreras, que desde hace diez años manifiestan su descontento con actos de huelgas, brazos caídos y faltas de rendimiento más o menos organizados (...) Mayor importancia, si cabe, tienen en Barcelona en lo social, donde 650.000 obreros de su industria, comercio y servicios, nos dan una masa impresionante, en su 90 por 100 muy baqueteada sindicalmente, acostumbrada a los sindicatos extremistas, añorante de sus luchas, huelgas y algaradas; envenedada y envenedadora de las nuevas generaciones obreras; y lo que es peor, con un gran porcentaje de trabajadoras femeninas —casi todas en la industria textil—, las que por razones de su sexo y especial manera de reaccionar es difícilísimo el convencer con razones ni discutir las con argumentaciones cuando algún conflicto social se plantea. Además, en gran parte son obreros y obreras provenientes de toda España, sobre todo de las zonas de paso endémico y economía retrasada, sin solera, costumbres ni afección»<sup>27</sup>.

Clase obrera, según las autoridades, veneno ella misma y envenenadora de las nuevas generaciones, formada por mujeres —terri-

---

<sup>25</sup> BALFOUR, S.: *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, València, Alfons el Magnànim, 1989, p. 27.

<sup>26</sup> MOLINERO, C., e YSÀS, P.: *L'oposició antifeixista a Catalunya (1939-1950)*, Barcelona, La Magrana, 1981, p. 100.

<sup>27</sup> Archivo Histórico del Gobierno Civil de Barcelona (en adelante AHGCB), Gobernadores Civiles, informe reservado y confidencial, *Síntesis informativa sobre Barcelona y su organización sindical. Barcelona tras la huelga general de marzo último*, Delegado Provincial de Sindicatos, Barcelona, 11 de octubre de 1951, caja 3.

bles mujeres según las autoridades— y hombres venidos de toda España que destacaban por no ser afectos al régimen, que llevaba en sus latidos restos aún de otros tiempos. Los viejos espejos del periodo republicano seguían teniendo incidencia y la siguieron teniendo hasta el final de esta historia. Y si no eran ellos los que se mantenían en ese espacio donde las biografías individuales pasaban a ser colectivas para la clase, la fábrica, era la identidad de los represaliados, de los que habían perdido contra los que habían ganado la guerra, la que impregnaba su realidad:

«Hay un ambiente agresivo en las zonas obreras, un ambiente revanchista. (...) Y sobre todo en la gente que había hecho y vivido la guerra había una sensación de frustración por haber perdido la libertad, una sensación de derrota, porque es que en los años previos a la guerra hubo una libertad muy amplia y una explosión cultural muy importante, en todas las cuestiones. Eso se recuerda en las fábricas»<sup>28</sup>.

Ahora bien, el mantenimiento de una cultura social y política interiorizada en los miembros que formaban parte de la misma no significó su perpetuación en el tiempo. Parece que fue general en los contactos entre miembros de la vieja y la nueva clase obrera y en la transmisión de saberes que conllevaron (cómo comportarse ante un conflicto, los códigos de conducta de clase, etc.) una actitud que distinguía los saberes prácticos de las ideologías políticas y las organizaciones que los sustentaban. Si lo primero fue parte del legado, lo segundo se consideró periclitado como experiencia histórica, lo cual ha llevado a cierta confusión dentro de la historiografía.

En el primer caso —el de los saberes prácticos—, la transmisión de los códigos de conducta podía llegar a revestir una forma conflictiva que rápidamente era interiorizada. Así, para el futuro militante de CCOO, Juan Navarro García, la entrada en una nueva cultura de clase no dejó de revestir matices coercitivos y traumáticos:

«Y entonces, pues claro, entonces eran enlaces sindicales, pero este hombre venía, provenía de la CNT, de la guerra (...) Aprendí bastante de él (...) Presentó a la empresa para arreglar las horas un poco mejor o una prima o algo. La cuestión es que necesitábamos más dinero, y que la empresa iba

---

<sup>28</sup> Testimonio citado en PÉREZ PÉREZ, J. A.: «La reconstrucción del obrerismo...», *op. cit.*, p. 16.

bien, había mucho exceso de trabajo, muchas horas se hacían. (...) La empresa pues dijo que no. Que no, que no podían y entonces Lázaro, que era muy valiente en este sentido, por el campo del que venía, a lo mejor por su experiencia, o no sé, la cuestión es que el tío planteó allí hacer asambleas (...). Y entonces fue cuando acordaron de no hacer horas extras. Y yo se lo planteé a mi madre, estaba contento como si fuera la primera vivencia mía, y cuando me dijo mi madre, tanto me amenazó, tanto (...) “¡No, hijo no, y tu padre, que ya ves tú!” (...) Me quedé a hacer horas. Nos quedemos pocos, los encargados y cuatro o cinco como yo. (...), era mi primera vivencia de trabajador. Yo había estado en otro campo, en fin, en el pueblo (...) yo de trabajador tenía poco, pocas experiencias. Pero veía algo, que faltaba algo, y era una soledad, se iban los trabajadores, me miraban con diferencias, en principio, y claro luego como un esquírol (...). Aquello me marcó mucho, porque cuando ya terminó, duró no llegó a un mes, dos o tres semanas, por el tajo que había la empresa cedió. Pero qué pasa, que a todos los que habían hecho le aumentaron y a mí me dejaron en el mismo sitio. Aquello fue un golpe tan fuerte, que yo recibí que hasta me enfrenté con mi madre, (...) porque yo me veía avergonzado, yo no me atrevía a ir a la empresa, que todos me decían esto, que me decían lo otro. (...) Y a partir de aquella fecha, yo le dije a mi madre: “Yo ya no voy a hacer más caso de ti ni de nadie”. (...) Y entonces yo a raíz de aquello, pues yo empecé a despertar y me di cuenta, de que eso no era la línea de un trabajador, empecé a comprender en aquella época”<sup>29</sup>.

De hecho, en este marco no es baladí observar cómo las coerciones propias de toda integración colectiva en una nueva cultura de clase podían neutralizar las coerciones transmitidas familiarmente basadas en el miedo a la represión, que si bien en algunos casos hemos visto que podía actuar como conformadora de una identidad predispuesta a la disidencia, también es cierto, y de hecho éste era el objetivo último de la política represiva franquista, que buscaba precisamente la paralización de los considerados desafectos. La importancia en este sentido del aislamiento de la figura del traidor, el esquírol, en el marco de la cultura de clase llegará, en un contexto a su vez de fuerte coerción por parte del franquismo, a casos extremos. En el Marco de Jérez, por ejemplo, durante la segunda mitad de los años cincuenta, en algunos sectores «había más miedo a ser esquírol que sentimiento obrero»<sup>30</sup>. Miedo que a veces tenía referentes prácticos inmediatos:

<sup>29</sup> AHCONC, entrevista a Juan Navarro García.

<sup>30</sup> Véase testimonio en MARTÍNEZ FORONDA, A. (coord.): *La conquista de la libertad...*, op. cit., p. 100.

«En una fábrica del textil de Badalona una muchacha de dieciocho años organizó una huelga para mejor salario. Un encargado y una compañera la denunciaron, fue despedida, pero a la salida las compañeras desnudaron a los chivatos y les dieron una buena tanda de palos. Al día siguiente volvieron a la huelga hasta que la compañera fue readmitida»<sup>31</sup>.

Pero, como hemos afirmado anteriormente, todo esto no significó que la transmisión de códigos de comportamiento y referentes no se hiciera en un contexto completamente nuevo. El trasvase de culturas políticas siempre estaba mediado por una orientación hacia aquellas organizaciones que se habían adaptado al nuevo periodo, aunque estuvieran en abierta contradicción con las militancias anteriores. Así, cuando un joven trabajador, como era Ángel Rozas en aquellos tiempos, pedía orientación, después de un tiempo más o menos prolongado de charlas con un viejo militante, no era inusual que:

«Al final el hombre me dijo, dice “bueno, mira, yo no he sido nunca comunista, yo he sido anarquista —dice— si quieres yo tengo amigos y yo te los puedo presentar y tú hablas con ellos (...) yo conocía un chico que formamos comuna dentro de la cárcel juntos. (...) en una comuna este chico y, y bueno y era un chico muy majo, era un chico joven, un chico muy majo, tenía (...) y ese sí era comunista, ese sí” (...) él me lo presentó y claro, él le dijo, “mira —dijo— este compañero que ahora trabajamos juntos —dice—, pues él tiene las mismas ideas que tú, entonces claro él me pide consejo y yo creo que lo mejor es que, es que tenga una relación de amistad contigo, y tu lo pongas al corriente, porque claro tú sabes que yo soy anarquista, yo no soy comunista y tal”. Y así fue como yo entré en contacto con los comunistas»<sup>32</sup>.

Este recorrido, del que nos hablan diferentes testimonios, escritos y orales<sup>33</sup>, sería incomprensible desde una lectura política ex-

<sup>31</sup> Archivo Histórico del PCE (en adelante AHPCE), Fondo Nacionalidades y Regiones, Cataluña, *Carta de Miguel*, Barcelona, 26 de diciembre de 1964, caja 55.

<sup>32</sup> AHCONC, entrevista a Ángel Rozas Serrano.

<sup>33</sup> Así no era inusual, como reconocen los mismos informes organizativos y se puede observar en las fuentes orales, que obreros de procedencia anarquista orientasen a los nuevos obreros de los años cincuenta hacia la militancia en el PSUC. Véase Arxiu Nacional de Catalunya (en adelante ANC), Fons PSUC, Congresos, *Informe acerca de los estatutos del partido y los problemas de organización*, mecanografiado, octubre de 1956, caja 03.



terna a la propia clase, una lectura que no pretenda entender la politización de la clase desde la propia clase. ¿Cómo aquellos que se habían enfrentado en el mayo de 1937 podían aconsejar ahora el paso de una organización a otra? Probablemente porque esto ya había quedado en el pasado y porque las elecciones políticas de clase respondían a un conjunto amplio de elementos que actuaban en un momento dado, mientras que la continuidad histórica de la clase permanecía. En este sentido no era inusual que en los años cincuenta la comprobación de que la CNT era incapaz de mantener una estructura orgánica que ofreciese recursos organizativos y para la acción colectiva a la clase llevase a los elementos más conscientes de la misma a la consideración que las nuevas militancias tenían que incubarse en un nuevo espacio político.

De este proceso, que nada tiene de extraño, valdría sólo la pena retener que es incomprensible desde una mirada a dos culturas políticas, la anarquista y la comunista, de la clase sólo aparentemente inconmensurables. Fue, precisamente, un proceso que sólo se comprende desde el análisis de la transmisión entre diferentes generaciones de una misma clase, donde elementos de la antigua cultura de clase se encuentran presentes tanto en la decisión sobre aquello que vale la pena legar como sobre aquello que ya no merece ser continuado. Ellos también estuvieron presentes en las rupturas.

Pero para una comprensión global de este fenómeno, más allá de los años cincuenta y principios de los sesenta, cabe tener en cuenta que este análisis no se puede extrapolar a todas las generaciones del nuevo movimiento obrero bajo el franquismo. La diferenciación de este análisis en tramos generacionales parece afectar poco a la marca histórica de la Guerra Civil en esta militancia, aunque sí a la profundidad de la misma<sup>34</sup>, pero en lo que se refiere a los procesos migratorios y, sobre todo, a la transmisión de saberes,

---

<sup>34</sup> De todas formas, el único trabajo que ha hecho un análisis sistemático de este tipo por tramos generacionales ha concluido que en el caso de la generación que se incorporó a la militancia después de 1970 sí que se habría vivido claramente un silencio sobre el pasado en el seno familiar. Conclusión interesante, sin duda, ya que fue esta generación la que mayoritariamente protagonizará la transición y construirá la memoria de cómo se había gestado la militancia antifranquista, pero que nos dice poco sobre las transmisiones fuera del ámbito familiar. Véase BORDERIAS, C., *et al.*: «Los eslabones perdidos del sindicalismo democrático: la militancia femenina en las CCOO de Catalunya durante el franquismo», *Historia Contemporánea*, 26 (2006), pp. 161-206.

prácticos y políticos entre la vieja y la nueva clase obrera, el análisis generacional deviene relevante. Estos procesos, sobre todo en lo que hace referencia al segundo, se diluyeron en el tiempo rápidamente. Si en los años cincuenta aparecen como centrales en la mayoría de personas que iniciaron la militancia obrera, ya no será así en décadas posteriores. Entre otras cosas, porque los que ya han interiorizado los momentos de ruptura serán los nuevos encargados de transmitir los saberes —viejos y nuevos— a las generaciones posteriores. En este sentido las continuidades sólo se muestran como evidentes en el momento en que se da la relación entre viejos y nuevos militantes. No fue así un proceso lineal, dos triángulos unidos por uno de sus vértices darían mayor cuenta de lo que realmente paso. En la base de uno encontramos una amplia cultura obrera que, andando el tiempo de expoliación cultural, social, política y humana practicada por el franquismo, se vería reducida a un sólo vértice de unos cuantos supervivientes en las fábricas. En el vértice del otro, encontramos unos pocos casos de nuevos militantes, con una biografía en algún punto desviada, que rápidamente se amplía con la eclosión del nuevo movimiento obrero en los sesenta hasta «normalizar» —en el sentido de atraer biografías cada vez más plurales— su base. La transmisión se hizo en el momento justo de contacto entre los dos vértices, para irse diluyendo en la ampliación del segundo triángulo. Diluir, que no es lo mismo que desaparecer.

Aunque nos falte aún un análisis amplio de este fenómeno para poder hablar de su intensidad real en el conjunto del movimiento obrero hay varios indicadores que deben tenerse en cuenta: la militancia obrera era obrera, no se imponía a una clase, venía de ella; tuvo un éxito relevante en su medio en el tardofranquismo —en ciertos lugares no había nadie más influyente—, y por tanto había una correspondencia entre clase y militancia que, como es sabido, no siempre se da y, finalmente, la transmisión se dio incluso en ciertos aspectos simbólicos que siguieron afectando a la clase hasta el final de este periodo. Cuando en Sabadell se planteó la huelga general de febrero de 1976, huelga hecha contra la represión que afectó a 80.000 trabajadores, uno de los momentos más emotivos de la misma se dio cuando, ante una concentración de 30.000 personas, tomó la palabra un viejo republicano, que, curiosamente, se

identificó como parte del *nosotros, republicanos sin república*<sup>35</sup>, y es que eso de que la república cayó porque no tenía republicanos, defendido por parte de nuestra historiografía, no deja de ser curioso cuando hizo falta una guerra y una represión, sin parangón en otros casos similares en el marco europeo, para hacerla caer. En otro lugar, pero en el mismo periodo, una huelga en la empresa Laforsa de la comarca del Baix Llobregat, que había empezado por el despido de un solo trabajador, estaba a punto de terminar ante la propuesta de la empresa, remitida por carta individual a cada uno de los trabajadores, de readmitir a todos los trabajadores, agotados ya por días de huelga, si aceptaban que cuarenta de ellos se quedaban en la calle. Se habían reunido para hablar de ello,

«en la sala se percibía cierta duda, podía haber incluso compañeros con miedo (...) Y empezabas a ver las caras de los que tenían familia numerosa, los que tenían problemas económicos (...) estaban desesperados y aquello... mira se me pone la carne de gallina (...) Y en aquel momento se levantó Chorba, Vicente Chorba, defensor de la República de Madrid, y se acercó al estrado sacó su carta y dijo: “compañeros lo que creo que hay que hacer es poner todas las cartas aquí” y llamó que a nadie hiciera caso a la empresa. Y así fue, uno tras otro todos los compañeros se abalanzaron y depositaron las cartas en la mesa»<sup>36</sup>.

Ésa fue finalmente la huelga del «todos o nadie», que también finalmente duró 105 días, llevando a toda la comarca del Baix Llobregat a la huelga en solidaridad con una sola empresa, que había empezado defendiendo a un sólo compañero. También finalmente vencieron. Vicente Chorba no era uno de los dirigentes principales de esa huelga, pero según parecen recoger los testimonios, el defensor de la República en Madrid tenía cierta autoridad moral. Todos tuvieron muy claro quién hablaba. Para amplias franjas de la clase obrera, al final de todo un periodo, seguía existiendo una conexión entre su pasado y su presente que iba más allá de la realidad de un. La vieja república y el «todos o nadie» que había nacido en otro conflicto de referencias míticas para el nuevo movimiento obrero

---

<sup>35</sup> GIMÉNEZ PLAZA, D.: *Sabadell: el pueblo unido*, Barcelona, Casals, 1976, pp. 47-48.

<sup>36</sup> Testimonios de Esteban Cerdán y Simón Ródenas recogidos en TV3: *La lluita obrera: història d'una vaga*, Barcelona, Els documentals de TV3, núm. 7, 2005.

—la huelga de Bandas de Echevarri—<sup>37</sup>. Identidad y solidaridad, están en la base de la comprensión de los códigos de una huelga. Códigos propios de una clase.

## Experiencia e identidad

De todas formas, a pesar de la importancia de la transmisión de culturas prácticas y el cambio de las culturas políticas que se dio en la relación entre distintas generaciones de una misma clase, será, como ya hemos visto al analizar estas transmisiones, la experiencia de fábrica la que devendrá esencial para entender la formación de las nuevas identidades obreras bajo el franquismo. De hecho, la memoria vivida o transmitida de la República, la guerra o la represión no constituye sólo «la tradición de todas las generaciones muertas que oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos», como lo gustaba decir a Marx, aunque algo había de ello, ni tampoco servía sólo «para glorificar la nuevas luchas y no para parodiar las antiguas, para exagerar en la fantasía la misión trazada y no para retroceder en la realidad ante su cumplimiento, para encontrar de nuevo el espíritu de la revolución y no para hacer vagar otra vez su espectro»<sup>38</sup>, aunque también algo había de ello. Ni la memoria del pasado, ni mucho menos su olvido, se deben entender como activadores unívocos de nada. Aquí se ha defendido la presencia en las primeras militancias del nuevo movimiento obrero de tradiciones dadas, de aprendizajes recibidos, de conexiones y desconexiones realizadas desde la conciencia de que se transitaba hacia nuevos tiempos, pero esto no se realizó fuera de una determinación. En el principio fue siempre la acción y en ese principio lo central no es la observación de la transmisión, que explicaría por sí sola esta acción, o de la desconexión, que explicaría también la pérdida del miedo a actuar, sino la activación de todos estos elementos en un contexto determinado: el contexto del conflicto. Es esta experiencia la que pone en contradicción las viejas percepciones y

---

<sup>37</sup> Véase para este conflicto MATA, M.: *La huelga de «Bandas»*, Madrid, ZYX, 1967; TRABAJADORES DE LAMINACIÓN DE BANDAS: *Nuestra Huelga*, París, Ides, 1968. Para su trascendencia en las fábricas de Barcelona y la extensión del lema «todos o ninguno» véase AHGCB, *Notas Informativas*, cajas 20 y 279.

<sup>38</sup> MARX, K.: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Ariel, 1971, p. 13.

concepciones, desde la percepción del tiempo hasta los códigos de conducta, y obliga a reelaborarlos en un nuevo sentido común que riga las acciones de los trabajadores en términos de clase. Esta re-categorización de la realidad que experimentan los sujetos al entrar en contradicción lo que se vive con lo que se piensa, se hará a partir de los materiales que el trabajador encuentre más próximos, y de aquí la importancia de los contextos culturales que explican la formación de tradiciones e identidades diferenciadas en realidades similares<sup>39</sup>, provengan estos de un acervo cultural común de clase o sean de nueva creación adaptadas a las circunstancias.

Tal como nos explica un testimonio de esta historia: «En el conflicto. En el conflicto nos vimos todas las caras»<sup>40</sup>; o, expresado en palabras de un historiador que se enfrentaba con problemas analíticos similares a los que nos referimos aquí: «A menudo, una forma de descubrir normas tácitas es examinar los episodios o situaciones atípicos. Un motín da luz sobre las normas de los años tranquilos, y una repentina infracción de la deferencia nos permite entender mejor los hábitos de deferencia que han sido infringidos»<sup>41</sup>. Pero es que además el análisis del conflicto disruptivo, es decir cuando éste aún no está normalizado en las relaciones laborales, no sólo nos permite descubrir realidades ocultas, sino que también es un observatorio privilegiado para ver cómo se transforman las actitudes, valores e identidades de los trabajadores. Es un espacio donde el tiempo del trabajo pasa a ser el tiempo de la acción colectiva, del debate y del replanteamiento de las actitudes anteriores. Las normas de conducta cambian y las opciones tomadas marcan un antes y un después en las biografías obreras individuales y colectivas bajo el franquismo, cuando el conflicto era un fenómeno claramente disruptivo. Y si, anteriormente, ya hemos podido observar cómo en este espacio la transmisión de códigos de actitud se acelera de forma conflictiva entre las viejas y las nuevas generaciones, lo mismo pasa en contextos donde la presencia de la vieja cultura de clase se encuentra au-

---

<sup>39</sup> Así, en el caso del movimiento obrero bajo el franquismo se puede hablar de verdaderas culturas locales y comarcales diferentes, como la que se desarrolla en el Baix Llobregat y la de Terrassa, para coger dos ejemplos extremos que en parte se explican por este proceso.

<sup>40</sup> AHCONC, entrevista a Teresa Buigues Poveda (traducido del catalán).

<sup>41</sup> THOMPSON, E. P.: «Historia y antropología», en *Id.*: *Agenda para una historia radical*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 22.

sente y las plantillas están formadas mayoritariamente por jóvenes sin experiencias, pero con un pasado familiar muy determinado. O, al menos así lo vivió Manuel Navas, nieto de una vieja curandera espiritista y líder comunista de su pueblo, futuro militante de las Comisiones Obreras Anticapitalistas:

«El jefe que era italiano, vino de Italia (...) Las oficinas estaban arriba, pero el control del taller era una cosa cuadrada, enorme, grande lógicamente y en el centro había una especie de garita de cristal, donde estaban los encargados, que era todo cristal, con lo cual veían todo lo que, y claro el tío fue llamando a toda la gente, a toda la gente, “por que habían hecho la huelga”, no, empezaba el tío, yo pues “no sé yo” pues “quien fue el primero que dijo de hacer huelga”, “no sé, todos”, “cómo que todos”, claro y el último me dejó a mi, me metió, estaba toda la gente trabajando, era un día normal ya había acabado la huelga, me metí dentro de la garita, el tío bueno me dice, tal y cual, y en eso que mira al lado, empezamos a mirar alrededor y toda la gente empieza a quedarse parada, “pam, pam, pam, pam” toda la fábrica parada salvo el taller, y me hecha contra la pared y me dice, —“bueno que es esto”—, sí, sí, fue una cosa fantástica, no por que no había estado programado en absoluto, por que la gente empezó a hostia, a éste lo van a sacar ahora, no, entonces la gente empezó todo el mundo a pararse, pam, pam, pam, pam y vaya no le dieron ganas de preguntar, quién había montado la huelga, ni quién es aquí el que lió el follón, y tal, “no hace falta que me digas nada más”»<sup>42</sup>.

Y es en este proceso —el que va del «no sé» obrero al «no hace falta que digas nada más» empresarial— que se tiene que observar, desde una mirada micro, cómo conceptos como solidaridad o dignidad cobran un nuevo sentido en la formación de una identidad obrera. Aparecen nuevos códigos y algunos viejos se reformulan. Códigos que no apelan a una racionalidad económica estricta, no se pueden reducir a la misma, sino a una identidad compartida que guía las acciones de aquellos que forman parte de ella. Así, por ejemplo, si tomamos el caso de las huelgas asturianas de 1962, nos encontramos con el retorno de viejos símbolos de la identidad obrera que operan prácticamente en el terreno de las actitudes, más allá de la racionalidad económica individual:

<sup>42</sup> AHCONC, entrevista a Álvaro García Trabanca.

«Fue el 17 de mayo cuando íbamos a entrar en la fábrica a las ocho de la mañana en la parte de las porterías estaban llenas de maíz ¡estaban llenas de maíz!, entonces ya desde el primer momento que se vio el maíz, claro, la gente se dio cuenta que lo que estaban pidiendo era un paro en solidaridad con los mineros y no entramos a trabajar, mirábamos unos pa otros porque allí nadie se atrevía a decir esta boca es mía. (...) de principio hubo amenazas de que había que empezar a trabajar, nadie se atrevía a decir, preguntaban ¿por qué está usted en paro?, ah pues no sé, me parece que es por el convenio (...) y todos, todos te decían lo mismo: no lo sé, no lo sé y no lo sé»<sup>43</sup>.

Ciertamente, este testimonio, nos remite a la relevancia de la transmisión de ciertos códigos que sólo se comprenden dentro de un campo de significados exclusivos precisamente para sortear el silencio impuesto por la dictadura. En este sentido, esto no es privativo del movimiento obrero asturiano. Durante esta fase de transición hacia un nuevo movimiento obrero, que creará finalmente espacios de comunicación organizados, también en el Marco de Jerez las huelgas se convocan sin ningún iniciador reconocido<sup>44</sup>. Eran, tal como expresa el testimonio, las huelgas del «no sé». Lo decía un sorprendido corresponsal del *Corriere della Sera* al llegar a Asturias: «Cae la tarde, llueve. Otros hombres vestidos de mono azul discurren por las aceras en las afueras de Oviedo. Pero es imposible arrancarles una sola palabra. Esta es realmente la huelga del “no sé”»<sup>45</sup>. Un silencio que se comunicaba a través de viejos códigos que no apelan a una racionalidad económica estricta, sino a una identidad compartida que guía las acciones de aquellos que forman parte de ella. En este caso el maíz que señala como cobarde, gallina, a aquel que pasando por encima de él traiciona a su clase. Códigos y signos que se conocen e interpretan dentro de una tradición, pero que a su vez se extienden más allá, como símbolos fuertes que acaban impregnando a toda la clase obrera. A principios de abril de 1962 aparecía en las bocas de las minas y las entradas de las fábr-

<sup>43</sup> Testimonio recogido en MADRID, J. C. de la: «Cuarenta años de recuerdos», en VEGA, R. (coord.): *Las huelgas de 1962...*, op. cit., pp. 355-356.

<sup>44</sup> MARTÍNEZ FORONDA, A. (coord.): *La conquista de la libertad...*, op. cit., pp. 112-113.

<sup>45</sup> Corresponsalía reproducida en FERNÁNDEZ DE CASTRO, I., y MARTÍNEZ, J.: *Espanña Hoy*, París, Ruedo Ibérico, 1963, p. 74.

cas asturianas, en mayo ya era patrimonio de toda la clase obrera en conflicto. En Barcelona:

«En Olivetti arrancaron las mujeres la huelga porque había dudas en el momento clave y fueron las mujeres las que subieron a las plantas donde estaban las máquinas y echaron maíz a los hombres y así fue como se rompió la chispa»<sup>46</sup>.

De hecho, el símbolo del maíz no formaba parte de las tradiciones de la clase obrera de Barcelona. Nunca allí una huelga se había iniciado así. Pero sí que formará parte de esta clase la especial interrelación que se dará en su seno de viejas y nuevas tradiciones a partir de los años cincuenta y sesenta, cuando dos generaciones de trabajadores catalanes —los que se habían formado en la cultura obrera anterior a la guerra y los que habían crecido en la posguerra en Cataluña o fuera de ella— se reúnan en la fábrica para sintetizar aquello que valía la pena mantener de la nueva cultura de aquello que ya estaba periclitado. Proceso en el que se formará una nueva generación militante que un malhumorado presidente del Sindicato Provincial del Metal de Barcelona no dudará de calificar públicamente como de *jóvenes viejos*<sup>47</sup> y que beberá de fuentes diversas. En este caso —el del maíz— más que probablemente de la emisora del PCE Radió España Independiente (REI) que dará una gran cobertura a los conflictos de 1962 y será profusamente escuchada en esos momentos<sup>48</sup>. Así, de la construcción del mito de Asturias —otro de los símbolos fuerza del movimiento obrero durante

<sup>46</sup> Entrevista a Ángel Rozas Serrano citada en GARCÍA, S.: «El movimiento obrero de nuevo», en VVAA: *Nuestra Utopía. PSUC. Cincuenta años de historia de Cataluña*, Barcelona, Planeta, 1986, p. 61.

<sup>47</sup> AHGCB, Gobernadores Civiles, Nota Informativa (NI), *Sindicato Provincial del Metal*, 27 de junio de 1968, caja 22.

<sup>48</sup> De hecho, el silencio absoluto con que el régimen rodeará inicialmente los conflictos de la primavera de 1962 llevó a la REI a ser la única fuente de noticias sobre las mismas para todo aquel que quisiera saber algo de los que estaba pasando. Hecho que tuvo como consecuencia final un cambio de estrategia informativa del régimen que culminó con la entrada de Fraga Iribarne en el Ministerio de Información y Turismo en julio de 1962 con la promesa de una ley de prensa. Para el papel de la REI véase GÓMEZ ALÉN, J.: «La Pirenaica: la subversión de las ondas», en VEGA, R. (coord.): *Las huelgas de 1962 en Asturias...*, op. cit., pp. 347-380. Para la recepción de la REI en Barcelona, AHPCE, Fondo Nacionalidades y Regiones, PSUC, *Carta de Jordi*, 8 de junio de 1962, caja 55.



el franquismo— los trabajadores del área metropolitana barcelonesa recogerán e incorporarán en su propio acervo nuevas formas de impulsar la huelgas. Maíz en las entradas de los talleres, chistes malintencionados o pintadas:

«Es curioso (...) preguntan a un obrero de la SEAT: ¿dónde trabajas? ¿En la SEAT? Aún no te has enterado que ya no se llama SEAT, ahora se llama «El Gallinero». También los obreros de la Seda del Prat —empresa en conflicto en estos momentos— han dibujado en las paredes de la fábrica La Papelera —empresa que no participó en las huelgas del 62—, una gallina y (...) unos cuantos huevos, con las respectivas inscripciones, correspondiendo la gallina a Papelera y los huevos a la Seda (las dos fábricas están una frente a la otra)»<sup>49</sup>.

Símbolos todos ellos que sirven tanto de coerción —apelando a la falta de valentía y a la solidaridad de clase— como de orgullo: poco después, cuando los trabajadores de la SEAT ya habían entrado en conflicto, afirmaban a quien quisiera escucharles «que la policía debería llamarse granja, porque entre ellos sólo hay gallinas»<sup>50</sup>. Símbolos, todos ellos también, que nos permiten constatar la relevancia de las tradiciones, las transmisiones, las reelaboraciones y las nuevas señas de identidad, activadas en un nuevo contexto, para comprender el nacimiento de un nuevo movimiento obrero bajo el franquismo. El hecho es que, sin ellos, difícilmente podremos comprender fenómenos altamente relevantes de este período como las huelgas de solidaridad en la conflictividad obrera o la capacidad de supervivencia y desafío que mantuvo el movimiento obrero en un contexto político y social que, más allá de los impulsos generados por la modernización económica, conllevaba un alto grado de sacrificio personal y colectivo en el despliegue de la disidencia.

---

<sup>49</sup> AHPCE, Fondo Nacionalidades y Regiones, PSUC, *Carta de Daniel*, 1 de junio, caja 55.

<sup>50</sup> AHPCE, Fondo Nacionalidades y Regiones, PSUC, *Carta de Jordi*, 8 de junio de 1962, caja 55.